

Pablo Guadarrama,
Marxismo y antimarxismo,
México, Editora Política La Habana/El Caballito, 1994

Adrián Sotelo Valencia*

El libro de Pablo Guadarrama se inscribe en la polémica contemporánea en torno a la crisis teórica que en la década de los ochenta sacudió al pensamiento latinoamericano y mexicano –particularmente al de izquierda y al propio marxismo–, cuando fue desarmado teórica y políticamente por el pensamiento burgués y su política de factura neoliberal. En este contexto, los postulados y análisis de este libro representan un esfuerzo serio por encontrar las raíces de dicha crisis que tiene como marco el arribo al poder político del pensamiento neoliberal en el mundo, los fuertes retrocesos teórico-políticos de la izquierda y la bancarrota del socialismo real en la Europa del Este y en la ex-Unión Soviética.

Uno de los objetivos –considero que el central– de Pablo Guadarrama y que nosotros compartimos, consiste en reconocer la realidad de esa crisis para superarla y revalorizar al marxismo y al leninismo como concepciones globales; pero esto a la luz de una visión creadora, crítica y renovada que esté a la altura del conocimiento que demanda la historia contemporánea. En efecto, a diferencia de otras teorizaciones “críticas” sobre el tema, realizadas tanto por autores de izquierda como por la propia ideología burguesa, Guadarrama reflexiona autocríticamente en el ámbito del propio marxismo y del leninismo con proyecciones al futuro.

De esta forma, el libro se estructura en tres capítulos o ejes temáticos:

- a) Los fundamentos teóricos del marxismo y el anticomunismo;
- b) La confrontación del marxismo con el antimarxismo en las diversas modalidades en que se ha desarrollado históricamente, y
- c) El nuevo papel del marxismo en lo que se ha dado en llamar la “crisis de los paradigmas” teóricos del pensamiento latinoamericano, entre los que se consideran más influyentes como el funcionalismo, el estructuralismo, el marxismo y sus diversas combinaciones.

Esta crisis del pensamiento social –así como de su correlato en la crisis del

* Texto leído en la presentación del libro de Pablo Guadarrama, en el auditorio de la librería El Sótano, el 9 de diciembre de 1994.

capitalismo dependiente en América Latina y su recomposición en la época del neoliberalismo—, es quizás uno de los hilos conductores de los múltiples desarrollos teórico-filosóficos del libro. El otro es el antimarxismo que, según el autor, asume tres formas fundamentales: el que proviene de la esfera estatal; el académico, que se desarrolla en las universidades y en los centros e institutos de investigación y de educación superior, y el privado, que promueve el empresariado organizado a través de los medios de comunicación e información, mediante sus aparatos ideológicos como las escuelas, las organizaciones empresariales y a través de las múltiples formas de consenso y dominio que es capaz de ejercer sobre la clase obrera y en general sobre los trabajadores y la ciudadanía.

Por supuesto, estas tres formas de antimarxismo en América Latina que se nutren cotidianamente, deben ser complementadas con la enorme influencia que ejercen las iglesias de todo signo inclinadas ideológicamente a inculcar en el pueblo la conciencia de los beneficios del capitalismo, del individualismo, de la propiedad privada y los perjuicios y vanalidades que causa el socialismo y cualquier forma de comunismo entre los pueblos y las naciones.

En relación con esa crisis teórica que proclama el fin de los paradigmas y del marxismo como alternativas de conocimiento y de transformación del mundo y de la historia, consideramos que se han bifurcado dos corrientes que la ven desde diferentes perspectivas:

1. Por un lado, están los que postulan el agotamiento definitivo de sus planteamientos, de sus marcos teóricos y métodos de análisis y de investigación y proclaman el "fin de la historia", el "fin de las ideologías" y el advenimiento de la posmodernidad, a la cual identifican con el "modelo" de sociedad imperante en Estados Unidos y en los principales países europeos.

2. Por otro lado, están los que, aceptando dicho agotamiento, plantean sin embargo una suerte de eclecticismo: una fusión de intereses, conceptos, hipótesis e ideas, entre el marxismo y otras disciplinas, ideas y corrientes de pensamiento como el positivismo en la sociología o la antropología y el monetarismo y liberalismo en la ciencia económica y la economía política.

Esta última perspectiva implícitamente supone que el marxismo, en tanto ciencia y en tanto sistema epistemológico, es "insuficiente" como un todo para adaptarse y dar cuenta del acontecer contemporáneo de los fenómenos sociales y humanos en una época de la historia mundial caracterizada por la globalización económica de las relaciones sociales y las fuerzas productivas sobre la base de la universalización de la ley del valor; por el advenimiento de una nueva división internacional del trabajo cimentada en la robótica, en la informática y en nuevas formas sociales de organización flexibles del proceso de trabajo y de explotación, así como en la compartimentación económico-territorial del mundo en bloques

y regiones económicas cuya arquitectura está siendo diseñada por las principales potencias imperialistas de Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, dando cuenta del fenómeno la formación del TLC, de la Unión Europea y la Cuenca del Pacífico.

La base material e ideológica para descartar al marxismo como instrumento de cabal comprensión del mundo actual en que vivimos y de sus múltiples manifestaciones en esta fase de internacionalización, descansa generalmente en una serie de postulados aislados, desorganizados y basados en la experiencia que proporciona el "sentido común" y que tienden a proceder por "método comparativo" poniendo de relieve, como una escultura, las "virtudes" del capitalismo frente a las condiciones y efectos perniciosos del socialismo y el comunismo.

Por supuesto, en esta tarea cumplen una positiva función de difusión y propaganda del antimarxismo corrientes y autores destacados, aun cuando generalmente gran parte de su acervo teórico-ideológico tiene como sustrato común la ignorancia total o parcial del marxismo, de su génesis, historia y conceptos. Por ejemplo, ¿en función de qué nuevos y trascendentes conceptos y categorías se desechan en los análisis sociológicos, económicos, políticos y filosóficos, los conceptos marxistas duros tales como clase, valor-explotación, Estado, revolución o enajenación?

Indudablemente que esos conceptos no guardan el mismo significado que, por ejemplo, tenían en el siglo pasado simplemente porque el capitalismo, sus formaciones sociales y sus superestructuras tampoco son las mismas. Pero ello no confiere legitimidad epistemológica para suplantarlos por presuntos nuevos conceptos más descriptivos que analíticos, más formales que de contenido y necesitados ellos mismos de explicación.

Nos referimos a usos conceptuales como "sujetos sociales", "mercado", "gobernabilidad", "empresariado", "cambio social", "democracia", "conflicto social", "grupos sociales", etcétera, cuya indudable existencia se enmarca, sin embargo, en realidades holísticas que teórica y metodológicamente —siguiendo el procedimiento marxista— tienen que ser desagregadas prospectiva y retrospectivamente para su cabal comprensión y apropiación por el pensamiento crítico y revolucionario.

Ese conjunto de proposiciones antimarxistas se acuerpa en la actualidad de manera más o menos organizada en el pensamiento posmodernista contemporáneo, el cual permea las concepciones de izquierda y de derecha enraizadas en diversas ramificaciones del funcionalismo, del estructuralismo y del eclecticismo. Su objetivo —declarado o no— ha consistido en desacreditar al marxismo tildándolo de "setentero", trasnochado, acabado y desfasado de la realidad, al mismo tiempo que le niega su capacidad de explicación seria, objetiva y consecuente de la fenomenología económica, social, política y cultural.

Sin embargo, al querer sustentar estas afirmaciones, basadas generalmente en el empirismo y en los prejuicios ideológicos, no logra sino ocultar su preferencia por una teorización superficial tendiente a elaborar la apología del capitalismo como sistema económico universal planteando, en síntesis, que solamente dentro del contorno de dicho sistema, estructurado en la propiedad privada de los medios de producción y en la explotación del trabajo asalariado, tiene sentido y futuro la humanidad, aun cuando más de tres cuartas partes de ésta permanezca en la miseria y sumida en la marginalidad.

En este sentido, autores posestructuralistas como Jean Braudillard, por ejemplo, presentan una visión catastrófica del futuro, ocultando las fuerzas que así lo provocan y vislumbrando la crisis global de la humanidad y la sociedad contemporánea como si entraran en un abismo infranqueable, donde la "revolución de la postmodernidad" –bautizada así por Braudillard– significa que

El futuro ya ha llegado, todo ha llegado, todo está ya aquí (...) a mi entender ni tenemos que esperar la realización de una utopía revolucionaria ni tampoco un acontecimiento atómico explosivo. La fuerza explosiva ha entrado ya en las cosas, ya no hay que esperar nada más... lo peor, el soñado acontecimiento final sobre el que toda utopía construía, el esfuerzo metafísico de la historia, etcétera, el punto final es algo que ya queda detrás de nosotros.¹

Por supuesto, que ésta es la forma más cómoda de escabullir una explicación racional y científica acerca de los objetivos de la humanidad plasmados en el logro de la justicia, la libertad y la igualdad en el contorno de una nueva sociedad no capitalista cuya no existencia actualmente en el mundo, por lo menos similar a la que se indica en los textos del marxismo clásico, en vez de negarse por procedimientos metafísicos y evidencias empíricas, debería ser explicada clara y objetivamente en función de una realidad que expresa un mundo dividido en clases sociales, en Estados rivales que someten a los más débiles aun siendo éstos también capitalistas; en la existencia de economías de guerra y de armamentos cuyos mercados son precisamente los de la muerte y el genocidio.

Si estas determinaciones estructurales del capitalismo fueran atendidas por los posmodernistas de toda estirpe, el marxismo –al menos el no dogmático y el que busca por todos los medios internarse en la esencia de los fenómenos–, seguramente sería reconocido como una corriente competitiva en el plano del pensamiento universal. Pero como se trata de la doctrina del proletariado y de las fuerzas progresistas de la historia y la humanidad encaminadas a trascender

¹ Citado por Albrecht Wellmer, "La dialéctica de la modernidad y posmodernidad", en Josep Picó, *Modernidad y posmodernidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 108.

el modo capitalista de producción, de dominio y de sociedad, es evidente que se ha montado toda una campaña para minusvalidarlo y presentarlo como una doctrina subversiva que atenta contra las "buenas costumbres", inculca el odio de clases e impide el "progreso" entre los hombres.

El libro de Pablo Guadarrama inspira una reflexión distinta respecto al marxismo y al papel que debe desempeñar como filosofía, en particular, dentro de las ciencias sociales.

Si bien es cierto que hay que romper y desechar los múltiples procedimientos dogmáticos de hacer marxismo que pravecieron en el pasado, también es cierto que esta tarea implica, al decir del autor,

...no sólo reestudiar a los clásicos de esta filosofía con nuevas visiones, sino ante todo estudiar científicamente las condiciones concretas en que se revela la historia en cada lugar para poder participar en su mejor enrumamiento. Quien espere del marxismo una teoría metafísica apriorística para todas las épocas y todas las circunstancias –como acostumbra los sistemas filosóficos tradicionales y como, en contra del propio espíritu de Marx, el marxismo dogmático lo ha fosilizado–, en lugar de dedicarse al enriquecimiento de la teoría y de la práctica revolucionaria a partir de sus condiciones específicas, no parece apropiado que se le considere un marxista orgánico (p. 205).

Este organismo renovado orgánicamente debe partir de la revalorización de sus métodos, de sus conceptos y categorías para aplicarlos al estudio profundo del conocimiento de la realidad de nuestros pueblos, de sus vicisitudes y contradicciones en una época histórica que avanza vertiginosamente hacia el siglo XXI.

La reestructuración del capitalismo mundial está exigiendo, en la comprensión de su naturaleza y dinámica para trascenderlos, una reestructuración y readecuación del pensamiento marxista que dé cuenta del cúmulo de transformaciones estructurales, sociales, políticas y culturales, así como las que se expresan en el plano del pensamiento, con el fin de vislumbrar una ruta crítica de trascendencia del orden capitalista en este final de siglo. Esta tarea exige internacionalizar sus conceptos y categorías sin miedo de redefinirlos utilizando, incluso, las técnicas y métodos más avanzados que proporciona en la actualidad la informática y la computación.

Encerrarse dogmáticamente en el enunciado de los conceptos sin ponerlos a prueba en la investigación concreta del acontecer social significa mutilar la posibilidad de aprehender la realidad para transformarla. Es preciso, pues, restablecer la unidad de la teoría y la práctica, de lo retrospectivo y lo prospectivo en aras de descubrir las tendencias que se dibujan en el horizonte. De esta forma,

el pensamiento marxista estará en mejores condiciones de abordar las tareas epistemológicas que exige este fin de siglo. Por ello estamos de acuerdo con el autor cuando, parafraseando la onceava tesis de Marx sobre Feuerbach, dice que es

...válida la tesis de que el mundo se ha transformado considerablemente, pero de lo que se trata es de volverlo a interpretar. De este modo crecerá en mayor medida la importancia del enfoque filosófico de los problemas de la contemporaneidad y del futuro inmediato (p. 183).

El impostergable reto de revolucionar y transformar la historia y, con ella, la de la propia humanidad está ante nuestras posibilidades reales siempre y cuando sea nuestra voluntad.